

# ANTOLOGÍA DE CÓRDOBA

## ROSWITHA

Monja poetisa del siglo X

¡Córdoba hermosa, de Occidente rica sultana, imperial señora del claro Betis, soberbia hermana de Sevilla, magnífico rubí de Andalucía, cuna de Séneca y de Lucano, patria del prudente Almanzor y de los grandes Abderrahmanes, madre de Juan de Mena, de Góngora, de Morales y de Céspedes; ciudad de la potente Aljama, que mil columnas sostienen, de la poética mansión de Medina Azzahara y de los deliciosos jardines de esmeraldas; ciudad de los arcos elevados, de las pintadas flores, de los perfumes deliciosos, de las fuentes de plata, de las grutas de azahares, de las palmas gentiles, de las blancas rosas, de los naranjos, de los patios llenos de atractivos y de misterios; ciudad de las zambras y de los torneos, y de hijas de ojos brillantes; la que en todo tiempo fuiste madre fecunda de generosos ingenios y siempre eres el espejo de Dios sobre la tierra, deja a tus cantores loar a tus héroes cuando para celebrarlos arrancaba ya dulces melodías de su laud una monja alemana del siglo X, Roswitha insigne, que sobrepujó en celebridad hasta tu hija Wallalla, la ilustre nieta de los Abderrahmanes, la poetisa más aventajada de su tiempo, la literata eminente del siglo XI, la que, como el lirio entre las espinas, floreció en la sociedad de la España árabe!

(Juan Fastenrat, *La Walhalla y las glorias de Alemania.*)

## EPIGRAMA

de Jacobo Bidermano. *insigne poeta de la Compañía de Jesús, francés de nación:*

Con gran rumor la fama discurriendo  
por toda Italia, de la gran España  
las claridades iba encareciendo.

De sus riquezas dijo la grandeza,  
de sus frescuras y agradable sitio  
de reales palacios, la belleza;  
de alcázares soberbias fortalezas  
inexpugnables, grandes edificios.  
De nobles ríos, las corrientes puras  
que la atraviesan; y de las ciudades,  
estas mismas ventajas y alabanzas  
dió a Córdoba, entre todas la primera.  
Córdoba, alumna de Pierio coro,  
de tres Sénecas madre y sus sobrinos,  
de Aristóteles émula, y de antiguos  
filósofos y sabios más ancianos.  
Oyó de estas grandezas el toscano  
la fama y dijo: «Con mis ojos quiero  
ver lo que así esta fama nos pregona.»  
Partióse, y luego que en la tierra puso  
de Córdoba los pies tan alabada,  
acaso vió que de una casa abría  
las puertas agradable un niño hermoso,  
cual Hylas bello o que su hermano fuese,  
o cual aquel, que vista su hermosura  
en las aguas, Narciso dió la vida.  
En las manos traía un canastillo  
con un paño cubierto muy labrado.  
Quedó suspenso de tan linda vista,  
y estas palabras le habló en su lengua:  
—Hermoso niño, de las gracias hijo,  
descubre lo que lleva ese cestillo—.  
Y con la mano intenta descubrillo.  
Hullóle el niño el canastillo y dijo:  
—Quite, señor, la mano, no lo toque,  
que si mi madre permitir quisiera  
que de lo que aquí va testigo fuese,  
no le hubiera cubierto con el paño—.  
Sin detenerse más el italiano,  
de la agudeza y gracia satisfecho,

«En solo un niño—dijo—he conocido  
a Córdoba, famosa cuanto es, toda.»

(La traducción, de Martín de Roa, en *Antiguo principado de Córdoba en la España ulterior.*)

## SALUTACION A CORDOBA

¡Salve, Córdoba, sultana,  
musulmana,  
que dormitas  
a la sombra  
de la cruz de tus ermitas,  
en la alfombra  
de tus campos, y despiertas  
a los cánticos de amores  
de los pájaros cantores  
moradores  
de las frondas de tus huertas!

(Del *Canto a mi tierra*, por Carlos Fernández Shaw.)

## EL ALMA DE CORDOBA

Cuando me he levantado he salido un momento al balcón y he estado contemplado el cielo y la calle. Eran las primeras horas de la mañana; se respiraba un aire fresco y sutil; estaba el firmamento despejado, radiante, de un azul intenso. He dejado la casa. He comenzado a recorrer callejuelas retorcidas y angostas. Córdoba es una ciudad de silencio y melancolía. Ninguna ciudad española tiene como ésta un encanto tan profundo en sus calles. A esta hora de la mañana eran rarísimos los transeuntes. Las calles se enmarañan, tuercen y retuercen en un laberinto inextricable. Son callejuelas estrechas, angostas; a uno y otro lado se extienden unas anchas losas; el centro de la calle lo constituye un pasito empedrado de pelados y agudos guijarros. Nada turba el silencio; de tarde en tarde pasa un transeunte que hace un ruido sonoro con sus pasos. Las casas están jaharradas con blanco yeso o enjalbegadas con cal nítida.

He paseado durante un largo rato por la maraña de callejas; me detenía a veces ante un portal para contemplar un hondo patio. Todas estas casas cordobesas tienen un patio, que es como su espíritu, su esen-

cia. Es un patio pequeño; unos tienen fuentes, albercas, surtidores; otros tienen columnas que sostienen una galería; otros son más modestos, más pobres. Yo prefiero estos de las casas humildes, de las casas ignoradas. Al pasear y recorrer las callejas silenciosas y blancas he columbrado muchos patios de estos. Todo era silencio, reposo y blancura en ellos; acaso una planta de evónimus o un laurel destacaban sobre la nitidez de las paredes o sobre el azul del cielo. Existen algunos de estos patios con lejanías y segundos términos que recuerdan los fondos de los primitivos italianos. He visto uno cuyo pavimento se alejaba en una rampa suave; luego, allá en el fondo, se abría otro reducido patio, al cual se entraba por un arco sencillo y blanco; debajo del arco esperaba inmóvil, rígido, impasible, un asno enjaezado con rojos y amarillos arreos; por encima del arco asomaba, negruzco y simétrico, un ciprés que resaltaba en el azul del cielo. No se oía el más ligero rumor ni en la casa ni en la calle; todo parecía reposar en un profundo, denso silencio. Una armonía perfecta, maravillosa, se establecía entre este reposo, la blancura de las paredes, el ciprés, el asno inmóvil, rígido, y el azul intenso y radiante del cielo. ¿Dónde está el artista que recoja esta sensación auténtica, profunda, de Andalucía, en esta ciudad, en este sitio y en esta hora? ¿Es esta la Andalucía de los conciertos armónicos y hondos de las cosas, de la profunda y serena tristeza, la Andalucía ligera, frívola y ruidosa que nos enseñan en los cuadros y en los teatros?

He continuado mi paseo. El laberinto de callejuelas que se extiende en los aledaños de la Catedral ofrece uno de los aspectos más interesantes de la ciudad. Es aquí donde el silencio, la serenidad y la melancolía son más grandes. De tarde en tarde pasa un asno cargado con una sera de carbón; una viejecita marcha lentamente, se detiene, torna a caminar; se levantan tímidamente unos visillos tras unos cristales al ruido sonoro de los pasos. Suenan lentas, sonoras, rítmicas, las campanadas de una hora, campanadas que en el silencio se difunden sobre la ciudad y se pierden y se apagan dulces.

He llegado a la Catedral. He traspuesto la puerta y he entrado en el Patio de los Naranjos. Cuatro o seis mendigos toman el sol. El patio es ancho, empedrado de guijarros; se extienden los naranjos en filas; la alta y recia torre se yergue a un lado. Sólo algunos viajeros cruzan a esta hora el patio y se dirigen a la Catedral. El mismo silencio de la ciudad se goza aquí, en este recinto. Una fuente deja caer un hilo de agua. Cada media hora una moza con un cántaro aparece y lo llena en la

fuelle. Pílan y saltan unos gorriones en los naranjos. Se remueve lentamente un mendigo en su capa. Las campanadas de las horas vuelven a descender sobre la ciudad lentas, acompasadas, sonoras.

Gana el espíritu en esta ciudad y en esta hora una sensación de serenidad y de olvido. Se escucha el alma de las cosas. Sentimos añoranzas por cosas que no hemos conocido nunca; anhelamos algo que no podemos precisar y cuya falta no llega a producirnos amargura. Si salimos de la Catedral y avanzamos hacia el río, vemos allá a lo lejos, en la ribera opuesta, dilatarse una campiña de tierras sembradizas. No se columbran arboledas y fragosidades por esta parte de la ciudad. La tierra es llana, ligeramente ondulada, los bancales de fino verde alternan con los cuadros oscuros de barbecho. La compenetración de este paisaje austero, noble, místico, con las callejuelas y con los patios blancos y callados, es también perfecta. Un último detalle nos falta: por la mañana, a medio día, un fuerte y grato olor a leña, a ramaje de olivo quemado se respira en las callejas y en las casas. Es el aroma castizo de las ciudades españolas meridionales y levantinas.

¿Dónde está el artista—tornamos a preguntar—que recoja el alma de esta ciudad? Al hacerlo tendría que expresar este concierto profundo de las cosas, esta compenetración íntima de los matices, esta serenidad, este reposo, este silencio, esta melancolía.

(Azorín.—*Hombres y paisajes* (Horas en Córdoba.)

Córdoba no tiene el ambiente sutil de voluptuosidad que se respira en Sevilla; hay en ella una nota de severidad, de sobriedad, de ascetismo, que es lo que domina en las casas. La línea negra de la lejanía serrana está siempre a la vista. En el QUIJOTE hay mucho de Córdoba; lo hay en la elegante sobriedad y en el fondo de melancolía resignada que allí se muestran. Córdoba es un patizuelo empedrado de menudos guijos, una pared encalada de blanco con un zócalo azul y olor en el aire de olivo quemado.

.....

En Córdoba quisiéramos, para morar, la casa blanca con el patizuelo blanco y un ciprés en medio. El zócalo de la pared del patio sería de intenso azul. Desde la azotea veríamos la lejana serranía hosca.

(El mismo.—*El paisaje de España visto por los españoles.*—Córdoba.)